

El movimiento feminista japonés tiene el inconveniente de no tener ni un objetivo, ni un territorio previamente circunscrito. En oposición con otros movimientos socio-políticos, no puede ser definido por la adhesión a una doctrina. No existe una ortodoxia feminista, sino una pluralidad de políticas, estrategias y puntos de vista. Por tanto, será más difícil—aunque no menos necesario— despejar, en el doble plano de las existencias individuales y los discursos ideológicos, el conjunto de las posturas y proposiciones que definen el andar feminista y que marcan el umbral más allá del cual no se es, y a partir del cual, uno se convierte en feminista.

La noción de opresión de las mujeres es, claro está y ante todo, la categoría constituyente de este movimiento.

I. La opresión de las mujeres

Esta noción cimentadora presenta en la mente feminista un doble aspecto: por un lado es el elemento de una toma de conciencia; por otro, el de un trabajo de elaboración teórica.

Al tomar conciencia de la opresión que padece, una mujer modifica la imagen de sí misma que hasta entonces había aceptado. Una parte de su vida que no había vislumbrado se impone ante ella de ahora en adelante: particularidades de su condición sobre las cuales nunca se había interrogado, considerándolas como consecuencias naturales de su pertenencia a un sexo, hasta de una inferioridad genética e incluso individual, se presentan de ahora en adelante a su conciencia como hechos de orden político, es decir, como los aspectos

múltiples de un poder que no sólo se ejerce sobre ella sino sobre todo el grupo de las mujeres. A la vez, descubre un enemigo y compañeras de batalla: porque al perder su transparencia original para convertirse en el objeto de un cuestionamiento y una indignación, oscilando del orden de lo natural al orden de lo histórico y político, la diferencia de los sexos, bajo sus aspectos sociales, se vuelve susceptible de ser puesta en tela de juicio al término de una lucha colectiva. La noción de liberación es corolario de la opresión siendo, por ello mismo, liberadora.

Esta vertiente existencial del feminismo ameritaria un análisis más profundo; sin embargo, escogimos, en el plan de este estudio, insistir en la elaboración teórica cuya noción de opresión es el fin en el discurso feminista. Se puede, desde este punto de vista, distinguir dos posiciones divergentes.

Según las corrientes feministas que se inscriben en la dependencia del marxismo, el capitalismo sigue siendo la causa fundamental de la opresión tanto de las mujeres, como de los hombres y la liberación de la mujer es sólo contemplada en el marco de la abolición del capitalismo y el advenimiento del socialismo. Según otras corrientes, las mujeres son oprimidas como mujeres y constituyen en el seno de una sociedad, un grupo, una clase (a menos que se prefiera el término de casta empleado por Simone de Beauvoir), definido, no por sus caracteres biológicos, sino, precisamente, por esta opresión por parte de los hombres que ellas padecen. Liberación de las mujeres significa liberación de cualquier mujer como individuo que le garantice el derecho de disponer de sí misma y de su cuerpo, dándole todas las posibilidades para el florecimiento de su personalidad.

En 1911, en el primer número de la revista Seitõ (Medias Azules), Hiratsuka Raichõ escribió: "Una vida independiente de la protección de los padres y del marido, fuera del pequeño mundo hogareño, no significa ni la liberación ni la emancipación que nosotras buscamos; podrá proporcionar el ambiente y la oportunidad para lograr auténtica liberación y emancipación, pero será solamente un medio o el instrumento para lograrlas. No será ni un objetivo ni un ideal... Entonces ¿qué son la auténtica liberación y emancipación? Huelga decir que son la posibilidad de manifestar pródigamente la capacidad, el genio escondido¹".

La divergencia en cuanto al origen de la opresión y al sitio que hay que conferirle en la teoría general de la sociedad, no impide, sin embargo, una gran avenencia en lo que se refiere al análisis de sus modalidades concretas. La perennidad de la dominación masculina se explica por la doble acción de las instituciones y los mitos.

1. Mantenimiento de la opresión

La función biológica contribuyó a situar a la mujer en un papel reproductor ocasionando la división del trabajo. Citemos a Nagaki Shiyo: "En su vida, durante largos años, la mujer



no disponía del tiempo para mantener su vientre vacío, quedaba encinta y paría, hilaba, tejía, cosía, cultivaba la tierra y alimentaba, siempre y sin descanso; soportaba su suerte, porque así tenía que ser, sin preguntarse jamás nada. Era una especie de sabiduría instintiva. Una sabiduría que la protegía". Porque no podía hacer otra cosa que "soportar su suerte cuando se le prescribia que "debe venerar a su marido como a su jefe y vivir para satisfacer sus necesidades... Debe obedecerle en todo; en su postura y su palabra debe ser humilde y sumisa. Nunca debe demostrar ni altivez, ni insolencia... ni tratar de valorizar su inteligencia; debe proteger su castidad y actuar siempre con distinción". 3

Las mujeres destinadas a una forma de vida sedentaria padecieron la carga de un conjunto de rasgos de carácter provenientes de la psicología de la sumisión: pasividad, intuición, ingenuidad, instinto, obediencia, dulzura, amabilidad. Los hombres, al contrario, serían agresivos, activos, ambiciosos, enérgicos, trabajadores, rasgos propios de la relación con el mundo que caracteriza su sexo, hecho de actividad y participación. Así vemos que se constituyen dos estereotipos simétricos, una dicotomía cuyo efecto práctico es mantener a la mujer en un papel social subalterno, hacer de ella la víctima de una explotación a la vez económica y sexual, condenarla a un auténtico empobrecimiento humano.

Morizaki Kazue cuenta su propia experiencia: "A medida que se formaba mi personalidad, sentía que empezaba también a establecer mis relaciones con el mundo de los adultos... y me daba cuenta de que, tal como era, la sociedad no iba a aceptarme... Porque yo era una mujer. Si una mujer desarrolla su personalidad, su camino en la sociedad es sin salida. Por tanto, tiene que escoger entre rechazar su personalidad de mujer, instruirse sometiéndose al saber humano (o más bien, al saber tal como lo mantienen los hombres) o, al contrario, llevar una vida subordinada, olvidándose de sí

En cuanto al hombre, las ventajas que obtiene al asumir el papel masculino que la sociedad le define compensa las limitaciones que ésta impone a su personalidad: el mito es el instrumento de su poder. Esto no impide que él también sea víctima de su mito.

misma, olvidando sus sentimientos; su moral".4

El sociólogo y escritor Mita Munesuke dice en su entrevista con la poetisa Ishimure Michiko: "Todos cantaban en esa época (1968) la canción de Kato Tokiko 'Kaeritai, kaeranai' (quiero volver, no puedo volver). Este querer volver y no poder... contiene una especie de nostalgia subconsciente por algo que les fue arrebatado tanto a ellos como a muchas otras generaciones... La vida del varón es esta sensación de vacío, esta contradicción. Más que una tristeza mental, es algo como una tristeza ontológica... A mí, como hombre, me parece que, desde luego, son los hombres que se esfuerzan... no hay más remedio que esforzarse, que superarse". 5

Para la mujer, el mito afianza su inferioridad social; pero rehusar el estereotipo supondría un riesgo que rara vez acepta, temiendo ser considerada como anormal si no es "femenina". El hombre tampoco rechazará el estereotipo masculino, por temor a ser tratado como "femenino". Ya que, como dice Morisaki "el carácter masculino es apreciado, el carácter femenino despreciado. En el mundo entero".6

2. El levantamiento de la opresión

Este análisis de los mecanismos de la opresión permite a las feministas definir lo que sería una liberación de las mujeres y proponer una política en este sentido. El objetivo es obtener que las relaciones entre hombres y mujeres dejen de ser rela-

ciones de poder. Los medios encomiados son: la intervención política y legal contra todos los aspectos institucionales de la opresión; el trabajo de educación de los individuos, hombres y mujeres; el trabajo de acción cultural tendiendo a desacreditar los mitos establecidos, elaborando nuevos ideales que permitirían la transformación de los papeles sexuales y el florecimiento de seres humanos íntegros. Tal y como lo preconizaba, en 1913 Fekuda Eiko: "La liberación total de las mujeres no significa únicamente la liberación de las mujeres... La meta no es la libertad para las mujeres, sino la libertad para la humanidad". 7

Las feministas japonesas reflexionaron sobre la crítica de los papeles sexuales. Dedicaron sus análisis a los diferentes aspectos de la condición de las mujeres. Pero, como el fin de esta exposición es el análisis de las instituciones de la vida privada en la mentalidad feminista japonesa, solamente presentaremos sus tesis sobre la familia, el matrimonio, el amor y la sexualidad.

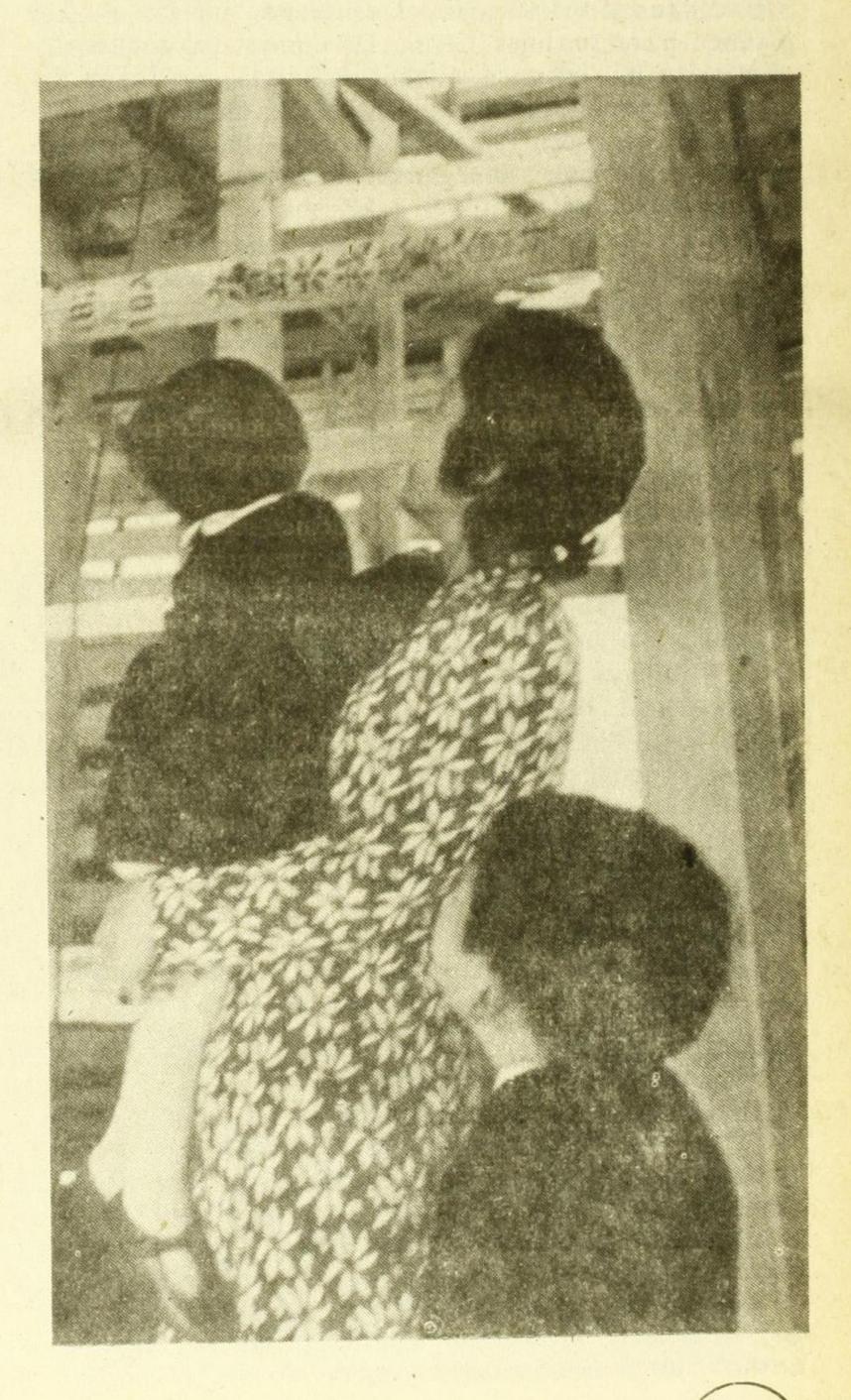
II. La mujer y su vida privada

"No porque una mujer no se sienta oprimida, no lo está", dijo Roxanne Dunbar. Pero muchas mujeres no quieren reconocer su opresión, voluntariamente o no; reconocerla es al
mismo tiempo liberador y doloroso, ya que se trata de reconocer la fuerza del determinismo cultural y la debilidad de la
voluntad humana. Esta toma de conciencia es aceptar la vida
cotidiana de cada una, la comprensión del pasado y la revalorización de las experiencias vividas. La mujer se sustrae a su
soledad, une su suerte a la de las otras mujeres, hace pública
su experiencia y su vida privada, y así les da una dimensión
política.

El análisis feminista de la institución familiar marcha a contrapelo del enfoque individual y afectivo para el cual la vida privada es por definición no-política. Para el individuo, la creación de una relación de pareja es la consecuencia natural del deseo sexual y del amor, y la necesidad de aislamiento, de seguridad y continuidad que acarrean; la relación ya establecida, la instauración de una familia, centro de intercambios afectivos, sería la consecuencia lógica. Si bien las feministas no niegan esta justificación que se apoya en sentimientos vividos por todos los individuos, proponen una nueva perspectiva que se ponga en evidencia la dimensión velada de tales relaciones: su aspecto político. La pregunta que las feministas se plantean a propósito de la familia es la siguiente: ¿Cómo contribuye a perpetuar la dominación de los hombres sobre las mujeres? ¿Cómo asegura la supervivencia de una sociedad patriarcal? A partir de esta crítica institucional se procede a una revalorización de los sentimientos que afloran en las relaciones entre los sexos, no para negar su legitimidad, sino, al contrario, con la esperanza de volverlas a definir en el marco de relaciones más completas, más humanas.

1. Crítica de la familia

La función principal de la familia es asegurar la socialización de los hijos. Mas el peso de esta labor no se apoya con igualdad sobre los diferentes miembros de la célula. La naturaleza hizo que las mujeres tengan hijos, pero hay una diferencia entre tenerlos y educarlos; sin embargo, la sociedad, al confundir madre biológica y madre social, hizo que no exista otra institución para educar a los hijos que la familia nuclear, transformando la maternidad en ocupación de tiempo completo. Distintos papeles son atribuídos a la mujer, que asegura la reproducción, y al hombre, que se consagra a la



producción. De donde proviene la aparición del mito según el cual una mujer no se realiza verdaderamente si no es madre. Conforme al editorial de la revista Feminist Japan de febrero de 1978, "en la tradición occidental la mujer es a la vez virgen y seductora, adorada y despreciada por el hombre. En la tradición japonesa, es la divinidad, madre del hombre que lo alimenta y protege. Empero, cualquiera que sea su forma, estos puntos de vista androcéntricos niegan a la mujer su autonomía y su dignidad, proveyendo al mismo tiempo una justificación para su sometimiento social y económico". Las mujeres japonesas mismas consideran la maternidad como su vocación natural.8

Esta situación determina las relaciones que las mujeres mantienen con sus hijos. George De Vos observó que la relación madre-hijo es excepcionalmente íntima en el Japón. La madre controla al hijo manipulándolo por medio de su "necesidad de dependencia" 9 Ruth Benedict llama la atención sobre los minuciosos y abnegados cuidados que la madre prodiga al niño japonés.

¿Por qué las madres japonesas manifiestan semejante devoción por ser madres? Como señala Chie Nakane, las "relaciones verticales" entre padres e hijos, más que la "relación horizontal" entre marido y mujer, han sido siempre la base de la familia japonesa. ¹⁰ A la esposa japonesa se le pide ser una buena madre sacrificada, más que una esposa abnegada como sucede en Occidente", según Kobayashi Fukuko. ¹¹

Esta abnegación maternal no alienta sin embargo la independencia del niño y desarrolla, además, en él un sentimiento de culpabilidad respecto a la madre. El testimonio que Inagaki nos da de la existencia de su madre es significativo en ese sentido: "La vida de mi madre estaba centrada alrededor de esto: 'hacer los hijos y hacer para ellos'. En los recuerdos de mi niñez está profundamente grabado todo lo que tenía que soportar... Tejer, preparar, año tras año, legumbres en vinagre, forrar nuestros colchones durante el tórrido calor del verano, confeccionar nuestros kimonos, arreglar y alargar nuestra ropa usada... Por las noches, casi siempre cosía bajo la trémula luz de la lámpara. Jamás vi dormir a mi madre". 12

El sentimiento de deber respecto a los padres (on gaeshi), tal como es analizado por Takeo Doi 13 y la obligación moral de triunfar en la vida para satisfacer a su madre, y "agradecerle" sus sacrificios, dominan para siempre la vida del adulto, sobre todo del hombre, que para siempre será, en las palabras de Kobayashi, "dependiente e infantil ante la mujer". 14

Un fenómeno reciente en el Japón son los Kyoiku mama ("mamás educadoras"). Este término se refiere a las madres jóvenes que, con la ambición de hacer ingresar a sus hijos en las mejores escuelas y universidades, vigilan el trabajo escolar, inscriben a sus hijos en cursos complementarios muy caros, para que obtengan buenos resultados escolares y, al cabo de sus estudios, empleos escogidos. Se las critica y acusa de querer realizarse a través de sus hijos. Pero, según Kobayashi, "simbolizan la sociedad japonesa, en su pequeño espayashi, "simbolizan la sociedad japonesa, en su pequeño espayashi," "simbolizan l

cio vital sobrepoblado, con sus empleos de por vida sin ninguna posibilidad de cambio, el infierno de sus exámenes, acentuando con aberración la pertenencia a un *Alma Mater* prestigiosa y el comercialismo no oculto de las empresas de la educación". ¹⁵

Después de Hungría y Suecia, Japón es el país donde hay más suicidios entre los 15 y 24 años. 16

La familia como solución social al problema de la educación de los hijos, más allá de la injusticia que le es inherente, provocaría resultados nocivos en la misma educación.

Sin embargo, la crítica feminista de la familia no se limita únicamente a este aspecto. También se denuncia la estructura jerárquica que está en su principio y que se difunde fuera de ella, transformándose en un modelo de autoridad en la sociedad. Además, la familia cumple una función económica cuya importancia social ha sido indebidamente subestimada: según algunos análisis, el cumplimiento de la mujer en el trabajo casero, trabajo sin sueldo y por lo tanto fuera del circuito monetario, permite el funcionamiento de la economía en su conjunto. (Los japoneses "consideran los servicios que les prestan sus mujeres como una obligación", escribe Kobayashi, "y se recuestan en el trabajo de sus mujeres. Efectivamente, sin estas maternales esposas, que allí estaban para encargarse de todas las necesiades de los hombres en sus casas, este famoso milagro de la "Japan Inc.", nunca hubiera existido".17

Por fin, desde el punto de vista psicológico, encontramos en el funcionamiento de la familia la misma desigualdad sexual que aparecía en los aspectos ya mencionados. El hogar, para el hombre, es un lugar de escape y descanso; para la mujer un factor de aislamiento y empobrecimiento personal. Este empobrecimiento es, ante todo, una consecuencia de la obligación de educar a los hijos, tarea que absorbe todo el tiempo y la energía de las mujeres y las separa del mundo exterior. A pesar de que una mujer pueda tener satisfacciones personales y sentir felicidad junto a sus hijos, "su trabajo en la casa es solitario", dice Mizuta Noriko. "Cualquier trabajo es pesado, sin embargo, en el trabajo se hacen amistades. En el trabajo propio de la maternidad los niños no son compañeros. Así como lo más valioso en el trabajo son las relaciones humanas que de él nacen, su inexistencia es el elemento más trágico del trabajo casero". 18

El único contacto de la mujer con la sociedad es su marido; no obstante el marido japonés, "maniático del trabajo", casi nunca está con su familia. Citemos, una vez más el texto de Hiratsuka Raicho: "En la actualidad la mujer es la Luna. Vive dependiendo de otro ser y reflejando la luz ajena. Es la luna con el pálido rostro del dolor". 19

Por lo tanto, la vida de la pareja desemboca en la insatisfacción psicológica y sexual de la mujer. La ambición de las feministas es encontrar una solución al temor a la soledad, cuyo objetivo sería una relación no únicamente con otro, sino con todos los otros. "La posibilidad de convivir mientras vivimos". ²⁰

2. El amor y la sexualidad

El análisis feminista condena el amor tal como ha sido institucionalizado en nuestra sociedad o, con más exactitud, las condiciones adversas que esta sociedad imputa al verdadero amor. Este amor auténtico sólo podría existir en una sociedad liberada de la dominación masculina. Efectivamente. parece incompatible con una relación de poder. La diferencia de status entre la mujer y el hombre supone que una y otro no confieren al amor el mismo valor: el hombre que encuentra en su trabajo el empleo de su energía y la oportunidad de afirmarse, no siente ante él una necesidad esencial; la mujer, al contrario, busca una identidad a través del amor, ya que es su único papel en la sociedad; los mitos culturales la alientan. Por lo demás, los sentimientos que puede sentir hacia un hombre son ineludiblemente falsos, como consecuencia de la situación en que está colocada: para ella el amor también, necesariamente, es una solución que debe proporcionarle la seguridad económica, afectiva y social, y el acceso al status social por intermedio del hombre. Una mujer no puede permitirse amar gratuitamente.

El problema se reduce a esto: actualmente, la mujer es un individuo mutilado, sin acabar, y sometido al dominio del hombre. Luego, el verdadero amor es un intercambio entre los individuos íntegros e iguales. La desigualdad entre los sexos es pues, el primer obstáculo para un verdadero amor: en el caso del Japón actual se agrega el conjunto de represiones y

censuras que pesan sobre las emociones sexuales: represión sexual de la mujer, ausencia de educación sexual, de lo cual habla Morisaki en estos términos: "De un tiempo a esta parte, se reconocen algunos derechos humanos a la mujer, pero jamás se enseñó a los hombres que la mujer puede sentir placer en el sexo... La moral de clase de los samurai tiñó la sensibilidad de la gente, y todo el mundo creía que la mujer era insensible durante el acto sexual. Las propias mujeres nunca pensaron que los hombres podían proporcionarles placer". 21

Los prejuicios que conciernen a la castidad femenina impiden cualquier papel activo en el establecimiento de las relaciones sexuales; todo está elaborado para que ella sea tratada como una presa, un objeto.

Así, a fin de cuentas, es el florecimiento de su naturaleza de mujer lo que las feministas japonesas reivindican en su búsqueda por mejorar las relaciones más íntimas con el hombre. ¿Cuál será la forma de estas relaciones cuando la mujer encuentre su identidad perdida? Recordemos las respuestas de dos autores japoneses, que presentan dos puntos de vista divergentes:

La primera respuesta es formulada por Morisaki: "La liberación de la mujer, la restauración de los derechos humanos de la mujer como individuo, es un derecho absoluto. Empero, el sexo es un campo donde no basta restablecer los derechos del individuo... Hombre o mujer, sólo se puede gozar de estos derechos siendo un ser independiente, y sólo entones



hombre y mujer asumen una posición de igualdad sexual... Mas el sexo sólo existe en la pareja. En el momento en que un hombre y una mujer se unen para formar una pareja, crean un "mundo de pareja" — exclusivamente de ellos, diferente del mundo del individuo y del mundo del grupo-, que se fortalece por el sentido que la vida concreta ofrece a estas dos personas 22... Su espacio de conciencia sólo es válido para ellos dos, e incluso si la relación de la pareja es muy intensa se separan de los demás, cara a cara con su soledad". 23 Por otra parte, vivir en pareja exige, de acuedo con Morisaki, un gran esfuerzo de costumbre, de mutuas concesiones: "Es necesario cerrar los ojos ante la inmadurez del otro y, como a la vez es necesario luchar contra la propia inmadurez, las fuerzas se consumen". 24

Al razonar de este modo, Morisaki pide que la sociedad se responsabilice de los cuidados necesarios de la madre durante el embarazo, del alumbramiento y la educación de los hijos e insiste en la institucionalización del amor libre y los derechos de la madre soltera. Sólo así, la madre puede tener no sólo los dolores, sino también las alegrías del alumbramiento, que únicamente ella debería decidir. Se uniría al hombre, y el hombre a ella, cuando ambos lo desearan. Y sólo entonces el hombre y la mujer serían verdaderos compañeros.

Ishimure presenta un punto de vista muy diferente; la reflexión feminista japonesa está muy lejos de ser monolítica y las aspiraciones femeninas, en el Japón, son múltiples. Ishimure evoca la complicidad y la armonía que caracterizan a la pareja campesina en un pasado no muy lejano, ya que en Minamata o en Okinawa hay tradiciones cuyas huellas todavía perduran. Ve en la monogamia la posibilidad de un "paraíso" sin ignorar, por cierto, que la relación de pareja puede degradarse en un sistema económico de empobrecimiento. Escéptica en cuanto a la poligamia, considera que la pluralidad de experiencias amorosas es un medio transitorio y titubeante para llegar a la relación, para ella, privilegiada, de la auténtica pareja.

Si se considera que el movimiento feminista japonés incluye posiciones radicales como la de Morisaki y muchos otros puntos de vista divergentes, podría decirse que el pensamiento feminista japonés "se parece" al pensamiento feminista occidental. Sin embargo, esta similitud no quiere decir que haya "copiado" pautas de Occidente sino que expresa más bien que los problemas de los países donde nació el feminismo -países económicamente desarrollados-, son más bien similares. Podría sorprender que la búsqueda feminista se lleve a cabo en un país donde el hombre y la mujer están fijados en los papeles que la sociedad les asignó. Pero, esta "rigidez" es relativamente reciente. La ética de Confucio, que a principios del Siglo XIX dominaba la opinión de la élite de los samurai, sólo se propagó en otras clases sociales después de la reforma de Meiji. John F. Embree narra las fiestas poulares en el campo japonés en 1935, donde todavía las mujeres se portaban con libertad. 25 Después de la Segunda Guerra Mundial, habiendo las mujeres japonesas, logrado

derechos legales y políticos, el acceso a la educación, el derecho al trabajo, se vieron incluso impulsadas a puestos públicos. 26 No obstante, este adelanto rápidamente se perdió en los años subsiguientes. El Japón se recuperó con una velocidad vertiginosa de su atraso económico y, para propiciar mejor esta aceleración, se eligió la compartimentación rígida dentro de la sociedad japonesa como el medio más eficaz y funcional. Las relaciones familiares fueron traspuestas a todas las formas de la vida pública: las instituciones y las empresas comerciales se volvieron grandes familias que ofrecían, en vista de una mejor administración, empleos vivienda y diversiones de por vida e incorporaban "paternalmente" a los empleados pidiéndoles, a cambio, una devoción "filial". Al modernizarse, el Japón se "patriarcalizó", organizándose en un sistema contra el cual los movimientos feministas elevan fuertemente su protesta, con tanta más certeza cuanto que la referencia a otras formas de relaciones humanas está todavía relativamente cercana en la memoria colectiva

Traducido del francés por Mireia Gussinyé de Castañeda

¹ Traducción de Tanaka Michiko.

2"Taeru" (Padecer) en Onna no Sei (El sexo femenino), ed. Chikuma Shobo

Tokyo, 1973, p. 116

3 Kaibara Ekiken, "Onna Daigaku" (La gran escuela de las mujeres) en Basil Hall Chamberlain Japanese Things, ed. Tuttle, Tokyo, 1975, pp. 502-507. ⁴ Morizaki Kazue "Sei no yasashisa wo" (La ternura del sexo en Onna no

Sei, p. 189.

⁵ Ishimure Michiko, Mita Munesuke "Koosuru erosu" (Eros en armonía) en Shoshite onna wa... (Y después la mujer...) ed. Chikuma Shobo, Tokyo, 1973, pp. 264-265.

⁶ op. cit. p. 201.

7 "Fujin mondai no kaiketsun", citado en Miyamoto Ken "H5 Noe and the Bluestockings", en The Japan Interpreter Vol. XVIII, junio 1972, p. 195. ⁸ Según una encuesta efectuada por el Departamento del Primer Ministro en 1973, 70% de las mujeres de treinta años consideran la educación de los hijos como lo más valioso en su vida.

George De Vos Socialization for Achievement, University of California

Press, 1973, p. 46.

10 Chie Nakane Japanese Society, ed. Pelican Bocks, 1977, p. 13.

11 Kobayashi Fukuko "Motherhood in Japan: Myth and Reality" en Feminist Japan, febrero 1978, p. 19. 12 Inagaki Shiyo, op. cit. p. 116.

13 Takeo Doi The Anatomy of Dependance, ed. Tuttle, Tokyo, 1977.

14 Kobayash op. cit. p. 20 15 Kobayashi op. cit. p. 21

16 Tanaka Michiko, La Sociedad japoni la encrucijada. El Balance de la socialización para el éxito. (Inédito).

17 Kobayashi op. cit. p. 20.

18 Mitzuka Noriko, Inoue Teruko "70 nenda Kaihoundo to 80 nenadai no tembo" (El movimiento de liberación de la mujer de los años 70, el punto de vista e los años 80) en Shisó no Kagaku, oct. 71.

19 Seito no. 1, Feb. 1911, Trad. Tan a Michiko.

20 Ishimure-Mita op. cit. p. 271. ²¹ Morisaki Kazue, op. cit., p. 20 22 Morisaki Kazue. op. cit. pp.

²³ Morisaki Kazue. op. cit., p. 20

²⁴ Idem, p. 205

25 John F. Embree, Suye Mura, a Japanese Village. The University of Chicago Presse, 1939.

Treinta y nueve mujeres fueron elegidas en la la la Diputados en